

mente los textos de Marx. Donde Marx había escrito en su «Crítica del programa de Gotha»: «Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se halla el período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A lo cual corresponde un período de transición política en que el Estado no puede ser otra cosa que «la dictadura revolucionaria del proletariado», Kautsky lo deforma del siguiente modo en su obra «La revolución proletaria y su programa»: «Entre la época del Estado democrático con gobierno puramente burgués y la del Estado democrático con gobierno puramente proletario, se halla un período político transformación de la una en la otra. A lo cual corresponde un período político transitorio en que el gobierno tendrá, por regla general, la forma de «un gobierno de coalición».

A eso, a «un gobierno de coalición», queda reducida la dictadura del proletariado, y así cubiletea Kautsky con los textos de Marx. Y aún tiene el desenfado de escribir lo siguiente en defensa de la democracia burguesa contra los socialistas que la combaten: «Estos socialistas proceden los más de países económicamente atrasados, de países con un proletariado no desarrollado. Dudan de la democracia porque en el fondo dudan del proletariado mismo.... Hacían referencia a las palabras dictadura del proletariado que «una vez» expresó Marx pero sólo «ocasionalmente», sin explicar qué clase de Constitución del Estado tenía en vista para esta situación política» (1). ¡Una vez! Y este hombre ha pasado por el que más sabía de Marx; pero si, en efecto, lo sabía, no hay duda de que lo escamoteaba. En cuanto a eso de que Marx ignoraba o callaba la Constitución que quería para el Estado proletario, es otra inepticia que puede rebatir cualquiera tomando en la mano el estudio minucioso que Marx hace de la Comuna de París en «La guerra civil en Francia». Besteiro repite casi literalmente lo que Kautsky dice sobre lo de «una vez», sin duda engañado por la tan cacareada autoridad de este prestidigitador del marxismo; siento por él, aunque nada le hubiera costado enterarse por vía directa y no de segunda mano.

Pero lo más grave es que también se engañara al proletariado alemán. Sus líderes le hicieron creer que el capitalismo daba para todos, que no era preciso derrocarlo y que gradualmente saldría de su pródigo vientre el socialismo, con la ayuda de esa buena comadrona de la

Historia que es la democracia burguesa, como se imaginan Kautsky y consortes, y no la fuerza, como decía Marx. Tuvo el socialismo alemán, al término de la guerra, el Poder en sus manos; pero en vez de ejercerlo contra la burguesía, como habían preconizado Marx y Engels toda su vida, lo empleó brutalmente contra el proletariado espartaquista. Pudo todavía esgrimirlo cuando, en 1932, la camarilla que presidía Papen arrojó a puntapiés del Poder al Gobierno socialista de Prusia, y tampoco quiso. Los Kautsky le habían castrado, preparándole, con sus desfiguraciones del marxismo, para el verdugo nacionalsocialista. Estaba espiritualmente atado de pies y manos. Hoy el socialismo tradicional alemán es un cadáver, como la obra misma de Kautsky, en tanto que el auténtico marxismo revive en el mundo entero con un vigor sin precedentes. Da lástima ver que Besteiro, tan mal informado, se mueva aún en la órbita intelectual de esa obra cadavérica y falaz de Kautsky, que está pidiendo ser enterrada para siempre, no sea que siga haciendo en todo el mundo más víctimas y estragos sobre los muchos que ya ha producido.

Engels está de acuerdo con Marx.

Marx en la concepción del Estado, como instrumento de dominio de una clase sobre otra, sino que es, de los dos, el que más sistemáticamente la desarrolla en su obra «El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado» y en su «Anti-Dühring». La idea de revolución y dictadura del proletariado se repite constantemente en el resto de sus trabajos. Besteiro no se refiere para nada a Engels en este punto, creyendo quizás que si Marx aludió a la dictadura proletaria «una sola vez», su amigo y colaborador de toda la vida no lo haría nunca. Pues está igual y totalmente equivocado. Aduciré unos pocos ejemplos, aun a trueque de fatigar al lector con una argumentación tan reiterativa, pero necesaria, porque no se puede tratar de ningún aspecto del marxismo prescindiendo del pensamiento de Engels.

En un trabajo sobre la cuestión de la vivienda, Engels habla de «la necesidad de la acción política del proletariado y de «la dictadura proletaria», como transición para abolir las clases y, con ellas, el Estado». Lo cita Lenin en «El Estado y la revolución». También cita en la misma obra un artículo de Engels en la polémica, antes aludida, de él y Marx con los anarquistas en 1873 (estos artículos se reprodujeron

Ya hemos visto también que Engels no sólo coincide con

en 1913-4 en la «Neue Zeit», de Berlín), donde se dice: «La revolución es, sin duda, la cosa más autoritaria posible. La revolución es un acto en que una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas, cañones, es decir, por los medios más autoritarios. Si la Comuna de París no hubiera contado con la autoridad del pueblo armado contra la burguesía, ¿hubiera podido durar más de un solo día? ¿No tenemos que censurar más bien a la Comuna por no haber hecho un uso suficiente de esta autoridad?» Tampoco Engels, por lo que se ve, sentía «repugnancia por los medios coactivos del Estado». Y si algo reprocha a la dictadura proletaria de los comuneros de París, es en su insuficiencia.

La experiencia de la Comuna sirve de motivo a Engels, como a Marx, para insistir en sus ideas sobre el Estado y sobre la revolución proletaria. En el prólogo de 1891 a «La guerra civil en Francia», de Marx, Engels, después de referirse a la manera como la Comuna destruye la forma del Estado histórico, escribe lo siguiente: «Esta destrucción de la vieja maquinaria del Gobierno y su sustitución por otra nueva y realmente democrática está descrita con detalle en la tercera parte de la «Guerra civil». Pero es necesario detenerse brevemente, una vez más, sobre este punto, es decir, acerca de uno o dos aspectos de esa sustitución, porque en Alemania «la fe supersticiosa en el Estado» ha salido de la región de la filosofía para introducirse en la conciencia general de la burguesía y aun «de muchos trabajadores». Según la doctrina de los filósofos, el Estado es la «realización de la Idea», o traducido al lenguaje teológico, el Reino de Dios en la tierra; el Estado es la esfera donde se realizan o deben realizarse la Verdad y la Justicia eternas.... Cuando, en rigor, el Estado no es otra cosa que un aparato para que una clase oprima a otra, «en una República democrática ni un ápice menos que en una Monarquía». En el mejor de los casos, el Estado es un mal heredado por el proletariado después de salir triunfante en la lucha por la supremacía de clase. El proletariado victorioso, precisamente como la Comuna, se verá obligado inmediatamente a amputar los rasgos peores de este mal, hasta que una nueva generación, educada bajo nuevas y libres condiciones sociales, sea capaz de arrojar al basurero toda la inútil y vieja porquería de la organización del Estado».

El marxismo y la República democrática.

Eso es lo que pensaba Engels de la República democrática en 1891, el mismo año en que escribe, con ocasión del proyecto de programa de Erfurt, la carta a Kautsky, que el socialismo antirrevolucionario ha querido explotar en favor de su tesis. En esa carta, Engels dice: «Hay una cuestión absolutamente cierta, y es que nuestro partido y la clase obrera no pueden llegar al Poder más que bajo la forma de la República democrática. Es incluso la forma específica de la dictadura del proletariado» (1). Estas palabras —que Besteiro, siguiendo siempre a Kautsky, aduce en su discurso— parecen contradecir las citadas más arriba, de que la República democrática no es un Estado menos opresor de la clase trabajadora que la Monarquía. Pero la contradicción es sólo aparente.

Engels estaba completamente de acuerdo con la «Crítica del programa de Gotha», de Marx; como que fué él quien, muerto Marx, la hizo publicar en 1891, en vísperas del Congreso de Erfurt, para influir en él y vencer a la tendencia reformista. Pues bien: según Marx, en su «Crítica», «la democracia vulgar ve en la República democrática el advenimiento del milenario, no sospechando de ningún modo que es bajo esta última forma del Estado cuando se librará la suprema batalla entre las clases». Es decir, que la República democrática es la última forma del Estado en que, vencidas las clases feudales, la burguesía y el proletariado se encontrarán frente a frente y en que el segundo planteará a la primera el problema de su dictadura: por esto es su forma específica, según Engels. El ejemplo de Rusia, que realiza la dictadura proletaria dentro de la República democrática, confirma esta tesis.

Pretender que Engels contemplaba en la República democrática el medio de que el proletariado pudiera llegar a la dictadura por la vía legal y parlamentaria, como se imaginan Kautsky, Besteiro y tantos otros, es suponerle unas cualidades de candor o de simpleza inadmisibles en inteligencia tan aguda; eso se queda para los evolucionistas habidos y por haber. Al contrario, Engels es el primero en censurar a los que tal esperan, como se desprende de las siguientes palabras de su carta a Bebel en 1875, también criticando, a la par de Marx, el programa de Gotha: «Representarse la sociedad socialista como el imperio de la igualdad

(1) Karl Kautsky: Materialistische Geschichtsauffassung, vol. II, pág. 469. Berlín, 1927.

(1) Critiques des programmes de Gotha et d'Erfurt, pág. 61.